

Muerte de Raúl Montero Bustamante

Cuando, a principios de este año, murió Carlos Vaz Ferreira, se dijo de él que era el último representante de la famosa, y ya casi mística, "generación del novecientos". Lo mismo se ha repetido, por estos días, a propósito de Raúl Montero Bustamante.

Vivos, y sea por muchos años, Roberto Sienna (1874), Alvaro Armando Vasseur (1878) y aun en su larga infancia Roberto de las Carreras (1873), en realidad ni Vaz ni Montero cierran con su ida generación alguna. (¿Podrá fijarse alguna vez el último sobreviviente estricto de cualquiera de ellas?) El equívoco, la equivocación, más latamente, sirve sin embargo, para señalar la singular curva de vida del escritor desaparecido el martes en esta ciudad.

Nació Montero demasiado tarde (1881) para ser otra cosa que figura epigonal entre mayores de la talla de Rodó, Reyes, Quiroga o el propio Vaz Ferreira. Vivió en su juventud la alegre, la raída bohemia patricia del Montevideo de los Herrera, de Cuestas, del Consistorio y la Torre. El mismo en algunos ensayos, José María Delgado, Rodolfo Mezzera, han evocado esos años, esas dichas, esas estrecheces. Fue entonces fundador de la Revista literaria, en 1900. Fue poeta de vena patriótica. Fue antologista en El Farnaso Oriental (1905) donde recogió y reveló, entre muchos olvidados, las primicias modernistas de su amigo Herrera y Reissig. Desde aquel entonces, como tantos de su tiempo y de todos los tiempos, Montero canjeará la poesía por la prosa y la entusiasta disponibilidad cotidiana por las responsabilidades del trabajo y la familia. Emparentado por matrimonio con Zorrilla de San Martín (y más tarde su albacea literaria), Montero, como el poeta de Tabaré, encontró en la burocracia bancaria el sostén de una existencia larga de hijos y de deberes. (T. S. Eliot ha subrayado varias veces las ventajas que al espíritu y especialmente a la creación literaria brinda esta bipartición de vida: realismo, exactitud, experiencia variada y nutritiva). Pero, a diferencia de tantos otros que penetraron en la plúmbea seriedad burguesa para no salir nunca más de ella, Montero no renunció, entonces, a ciertos latentes intereses de los años iniciales. En el filo, siempre, pero más desde allí, entre la historia y la literatura, esos intereses estaban menos enfeudados a modas y a escuelas que los de la poesía menor, se entienda... con lo que, en la suspensión temporaria de una actividad intensa, habrían de sufrir menos del riesgo de una definitiva aridez que los de muchos arieles canoros del modernismo superstitio convertidos después en terrestres calibanes de nuestra política, nuestros estudios o nuestros negocios. Ensayista o, mejor, para emplear la palabra tan poco usada, polígrafo, Montero esperó así hasta cerca del medio siglo para dar, en 1928, su libro más definitorio: Ensayos. Y como con la certidumbre de que la vida lo esperaba, es después de esa cincuentena que cumple, en el cuarto final de sus años, lo más importante de sus tareas. Lo que, en buen romance, quiere decir que Montero trabajó más intenso durante el trecho de existencia en el que, a impulso de la costumbre y de una legislación desatentada, nuestras gentes se refugian en "un bien ganado descanso". Descanso que, en el caso del intelectual, significa casi siempre sólo la perfección de las artes de la autopropaganda, sólo la espera atona de la muerte.

— II —

Creemos que nadie podrá discutir que lo más certero y firme de su obra, lo más válido, lo constituye en Montero su labor de crítico y, más que nada, de evocador de libros, de sucesos y figuras uruguayas. Menos interés seguramente tienen sus estudios de literatura extranjera o sus estampas de viaje (vivió el autor la época de sustanciales estadas en Eu-

ropa) recogidos en Detrás de los Andes (1934) y La ciudad de los libros (1944). Sus ya nombrados Ensayos, en cambio, sus Estampas (1942) configuraron un biógrafo capaz de reconstruir, de recrear, mejor, con extrema eficacia, el aire, el color, la peripecia íntima de ambientes y personajes. Tal vez pueda decirse que, vinculado a muchos de sus temas por recuerdos infantiles y lazos de familia, careció de aquella ironía, de aquella posibilidad de irrespeto que pudieron haberlo convertido en un Strachey rioplatense. De aquel mordiente capaz de transformar en perdurables aguafuertes sus nostálgicos retratos al pastel.

Esos retratos tienen, en cambio, el don de la simpatía cordial y, sobre todo, la noble melancolía que los grandes derrumbes le inspiraron. Los ocasos de Julio Herrera y Obes (el último gentilhomme), de Fructuoso Rivera, de Juan Carlos Gómez, de Cándido Joanico, de José Buschental poseen tal expansivo don de persuasión que el lector siente (no es posible el engaño) que en esa crepuscular obsesión yace toda una romántica, toda una modesta pero entreadada filosofía del hombre y su destino.

Casi sin solución de continuidad con lo anterior, historiador de nuestras cosas, fue uno de los últimos representantes de la visión que los patriados liberales porteños y montevideanos se hicieron (e impusieron) de nuestro pasado. Su entusiasmo por la Defensa de Montevideo, que él exaltó con los claroscuros de un Dumas o de un Sarmiento, puede parecer ana-

crónico. Su devoción por figuras tan controvertibles como Juan Carlos Gómez o Melchor Pacheco y Obes podrá encontrar resistencias en la historiografía actual. Pero esas valoraciones se sostenían también en rezagos de su infancia y en opciones de su juventud y respondían a la filosofía histórica romántica y a la creencia en las bondades de una persuasiva cultura europea. Su propia concepción de la historia era artística y psicologista: pasiones e intereses de protagonistas enfrentados dramáticamente, a los que una coloreada técnica evocadora, al modo de un Michelet o un Macaulay, debía devolver los pulsos de la vida.

La causa (también) de este enternecido fervor es la devoción reverente que ante el pasado y sus huellas Montero sentía. La profesó en su fuero íntimo, como otra religión, otra piedad que no incomodaba la primera, la más grande y decisiva a la que siempre fue fiel; como si las dos, de alguna misteriosa manera, se prestaran recíproca fuerza. En una sociedad en rápido cambio y modernización, cultivó como una nostalgia, casi como una entelequia, el ideal de una desaparecida clase dirigente (mucho más un patriado que una oligarquía) austera y culta, heroica y señorial, muy criolla y muy europea a la vez. La progenie borrada se le encarnaba en esos artesanos, en esas rejas y puertas, en esas casonas solariegas, en esos gestos republicanos o espartanos, en esas bellezas finas y aristocráticas, en esas rebeldes cabelleras, en esos ricos linajes, en esas



Raúl Montero Bustamante a través de una caricatura de Julio E. Suárez.

cepas que en sus evocaciones tornan obsesivamente y que pudieran resultar muletillas de su estilo ameno y eficaz si no supiéramos que honda vivencia las dictaba, que limpia presión las traía a la superficie.

— III —

Dirigió durante cerca de dos décadas (de 1938 a 1956) la Revista Nacional: la llevó adelante; libró, mes a mes y año a año, la agotadora y siempre perdidosa lucha con el artículo que no llega y la promesa que no se cumple. Por eso es explicable que el ambicioso balance de nuestro pasado nacional que el número 1º se propusiera nunca se haya realizado. Corto siempre de aquellos fondos que el Estado sólo brinda a conveniencias o violencias, dispérsese pronto o fue segado por la muerte (caso de Juan C. Gómez Haedo o Mario Falcao Espalter) el equipo inicial que pudo haberlo cumplido desinteresadamente. De gobierno a gobierno y de Ministro a Ministro, más ligero de esperanzas pero con habilidad y tesón, sorteó Montero todos los obstáculos. Devoto del estilo histórico inglés más pareció proclive a contemporizar que a estrellarse contra resistencias insuperables. Eso recargó la Revista Nacional, claro está, con muchas prosas balbuceantes de estadistas "ad hoc", más diestros, como es previsible, en gramáticas pardas que en la estricta gramática de la sintaxis y la prosodia. Razones generacionales y el mismo carácter oficial de la revista le hicieron tal vez menos diligente en favorecer la ascensión del talento real que se levanta (para recordar la fórmula de Rodó) que en mantener la veneración por el grande espíritu que declina. Pero no deja de poseer cierta rara belleza moral esta hospitalidad a generaciones que envejecieron sin un órgano regular de expresión y en las que los no leídos fueron siempre más (debe reconocerse) que los ilegibles.

Esta es tal vez, también, la causa de su lenidad crítica, que dispersó biobibliografías encomiásticas de muchas mediocridades y lo distrajo en prólogos de tantos libros perfectamente olvidables. Tal política era (se sabe) un rasgo de su generación, pródiga en tal grado de los insignes, los eminentes y los ilustres que tales adjetivos llegan a perder toda función distintiva. La facilidad tuvo, sin embargo, en Montero Bustamante sus excepciones y es significativo que sea en el caso de los escritores mayores, en aquellos con los que el juicio realmente importaba, que este ejercicio no se practicara. Sus críticas de Reyes, de Delmira Agustini, de Frugoni, su estudio sobre el Modernismo en el Uruguay y, sobre todo, su magnífico Rodó (en la primera versión de la carta de Gustavo Gallina de 1918) son páginas de una rara valentía. Para su tiempo, y también para el nuestro, pueden quedar, entre tantas carretadas de inercia y floripondio, como paradigma de claridad y de justeza.

Un Colonizador Literario y Punto

★ ES MUY RAZONABLE QUE LA MUERTE de Raúl Montero Bustamante,

acaecida en los primeros días de esta semana, provocara una larga consternación en nuestros círculos literarios. No tan razonable (aunque sí previsible) es, en cambio, que gran parte de comentarios y discursos relacionados con ese doloroso suceso, prefirieran sustituir una apreciación correcta del escritor desaparecido, por el ditirambo o la exaltación lírica, absteniéndose de medir lo que realmente puede importar, absteniéndose de todo análisis fundado.

Aunque se le suele ubicar junto a la generación del novecientos, resulta evidente que la producción de este autor se halla sensiblemente distante de rasgos o características que informaron el espíritu de dicho movimiento, y en varios sentidos, su obra poética (enteramente prescindible u olvidable), sus trabajos como comentarista de nuestras letras, aparecen inicialmente marcados por una devoción desmedida al romanticismo, y en una hora en que el romanticismo era o empezaba a ser un monstruo saludablemente enterrado.

Quizá el mayor asombro a que obligue su obra se deba a su misma extensión o vastedad, y en un medio donde la actividad literaria es a todas luces un hábito secundario, lujosamente inútil, sorprende el sostenido afán con que Montero aportó a las letras uruguayas el abundante testimonio de su invariable y desaparecida vocación. Desde 1899 en que fundara la Revista Literaria hasta sus tareas en las últimas décadas como director de la Revista Nacional (puesto que abandonó recién en 1956), toda su labor aparece ocupada mayormente por el ensayo, por el relevamiento de las más diversas figuras de nuestro pasado político y cultural.

Esa labor es, ante todo, la del colonizador literario, y quien ojee su Antología de poetas uruguayos (1905) o relea su Historia crítica de la literatura uruguaya (1910), comprenderá que no fue una vocación crítica inspirada la que ordenó dichos materiales. Como en otros libros del autor, también allí suelen encontrarse amplios motivos de quejas, en particular la tolerancia casi suicida con que se incluyen nombres o se comentan obras, haciendo de lo secundario o prescindible algo fundamental.

A esta carencia de un juicio crítico más o menos exigente, cabe agregar su marcada predilección por el comentario apologetico, indiscriminadamente elogioso o efusivo, poco cercano al ahondamiento de conceptos y de valores, llegando frecuentemente a documentar sus emociones o reacciones frente a un autor pero dejando en la duda o en el misterio sus méritos reales, influencias y antecedentes, naturaleza de una creación. Empero, el mayor punto de interés que contiene buena parte de sus trabajos reside a veces en ciertos desvelos informativos, en la cantidad de datos que proporciona, en la nutrida documentación biográfica, lo que hizo que algunos de sus libros fueran por largo tiempo casi impostergables para la consulta. (Así mismo debe señalarse el celo y la fineza con que vigiló y ordenó los papeles de Zorrilla de San Martín, tarea que fuera tan útil para el posterior lucimiento del actual director del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios al organizar la Exposición Zorrilla.)

Pero el desvelo informativo o el acopio de datos, cualquiera lo sabe, no constituye un acto esencialmente crítico, y donde falta don analítico o capacidad de examen, todo lo demás puede ser entendido como un mérito necesariamente menor. Esas flojedades que señala la obra de Montero, asoman por igual en su política como director de la Revista Nacional, publicación que tuvo a su cargo durante más de tres lustros. Curiosamente, en un país donde por su misma escasez una publicación literaria es, en primera apariencia, un hecho importante o significativo, la Revista Nacional no llegó a interesar a nadie (fuera de los que en ella escribían), se convirtió en un modesto mausoleo impreso, rentado por el favor oficial. De hecho, la facilidad, la insuficiencia limitaron una labor y una obra que, a medida

que se extendía, perdía más y más lectores.

TABARE J. DI PAULA

Fernández Moreno, Poeta de Estas Cosas

DESDE luego, lo primero que atrae en la poesía de Fernández Moreno es su difícil naturalidad emocional. Nada en ella parece exterior o adjetivo, y quien aprecie su deliberada sencillez expresiva, crecerá en la sospecha de que el poeta, el artífice mejor, ha querido esconderse o disimularse insistentemente tras los sentimientos que canta. En un sentido, ese hecho suele quizá consagrar la idea de una creación espontánea, señaladamente ajena a cualquier proceso de elaboración, e incluso llegaría a pensarse que el artífice mismo se halla ausente. Pero en el análisis esta sensación resulta engañosa, y aunque natural-

mente deban admitirse concesiones varias a la menor justiza o al menor brillo, en lo más perdurable de su obra, en libros como *Ciudad o Penumbra* por ejemplo, la lección que comunica el lírico argentino es de una honda, profunda identidad de vida y poesía.

En el análisis se descubre también entonces que esa riqueza interior es resultado en parte de una sostenida depuración del instrumento lírico y de los medios expresivos, y una aproximación de detalle permitiría advertir hasta qué punto una imagen, un verso, un simple vocablo, están determinados por el sentimiento mismo del poema, hasta qué ex-

tremos el poeta suele alcanzar en torno a un mínimo de palabras y de ritmos honduras insospechadas. La evidencia que supone esta obra es la de una profundización sin retaceos en una siempre idéntica experiencia humana y poética, y el propio Fernández Moreno había señalado así este carácter esencial: "Nada más cercano a mi poesía, íntima, personal, nostálgica de todo, que mi vida, no por excepcional sino por mía".

En la perspectiva, esa obra aparece integrando el período postmodernista de la lírica argentina, y en grado semejante a la de otros creadores, también la poesía de Fernández Moreno empieza por recoger el estímulo de la experiencia modernista, pero sustituyendo sus lujosas decoraciones verbales y todo su aparato de sadismos voluntariosos, alusiones exóticas y viciosas exquisitices, por lo estrictamente íntimo. Más allá de su apogeo y difusión inicial, el modernismo inspiró en toda evidencia una conducta que facilitó un distinto entendimiento del hecho poético y sirvió para fijar o decantar sus mejores valores, admitiendo direcciones diversas, ponderando en la práctica una variedad que va desde las ambiciones o facilidades románticas de la primera Alfonsina Storni hasta el meticuloso formalismo de Enrique Banchs, hasta la desnudez e intensidad de Fernández Moreno.

Pero como ha señalado uno de sus comentaristas, la poesía de este último es la que mejor se distingue por su pasión y frescura, por su falta de toda solemnidad, de todo engolado vacío, y aunque el dictamen afirme seguramente algún exceso, insinúa suficientemente el empuje de una creación que necesitó desarrollarse sin reservas ni restricciones por sí misma. Con palabras escritas por el poeta en un libro que recoge sus memorias podría definirse ocasionalmente ahora el espíritu de esa creación y acaso sea justo entenderla como un registro de lo polvoriento y de lo simple, de lo menudo. Sus temas son los que el poeta encuentra o descubre a su alrededor, los de su vida misma, y no hay circunstancia trivial o detalle superfluo para ese paladeado inventario de lo personal y cotidiano.

Que esas expresiones consigan mantenerse distantes de la simple mímica localista es de alguna manera previsible: porque su poesía expresa el paisaje que se tiene al lado, sus notas más peculiares, pero también y simultáneamente, el sentimiento del hombre que lo vive y lo ama sin afectación, sin pose alguna, y entonces, esa hora nocturna de la calle que atrae al poeta y lo llena de rimas o ese viejo comedor en sombras donde el tiempo parece detenerse, no son meras fórmulas, anécdota o envoltura exterior. Esos elementos aparecen fundidos, rescatados en la verdad de cada entusiasmo o de cada dolor, de cada experiencia íntima del hombre, de la nostalgia con que puede evocarse al amigo ausente o de la otra nostalgia que golpea a todo enamorado. Es sin duda un mundo reducido o limitado pero intenso, vivo para unas pocas pero fundamentales emociones, y que fue trabajado con pasión, con renovada frescura.

Poemas del Uruguay (*) evidencia obviamente una sensibilidad conciente con la vida y conocida del poeta argentino, recoge composiciones escritas en fechas muy variables, y es también una crónica de lo que

el poeta ha frecuentado o conocido en ocasión de algunas visitas a estas tierras. Todo el libro impresiona como un apunte cálido y espontáneo del paisaje uruguayo y sus temas son tanto las calles montevideanas, sus cafés o sus plazas, como la visión fugacísima de un saladero abandonado o el recuerdo de un viaje a Salto. Esa contemplación tranquila y apasionada a un mismo tiempo de lugares y cosas, se vierte en las páginas de este libro sencillamente, pero si la emoción logra transparentarse sin añadidos ni artificios, no todos los poemas reunidos aquí se instalan en un mismo nivel. Incluso, podría señalarse en algunos cierta elementalidad o facilidad para dibujar nítidamente un asunto, para alcanzar una formulación poética apreciable antes que la meramente anecdótica.

En esa caso se encuentra, por ejemplo, la composición titulada *Yerbal y Camacú*. El poema no pasa de la simple enunciación de ese barrio de sombras y vidrios rotos que se inclina hacia el puerto, su inspiración es un tanto marginal o externa, acreditada mayormente la sensación de un apunte, de un esbozo poético, no de algo definitivamente creado. Más apreciable quizá, y por su misma intención de madurar una imagen del mundo exterior junto con el sentimiento o la emoción que su contemplación origina, es esa estrofa que el poeta dedica a la Plazoleta Zabala: "Ya no quiero ver más:

la plazoleta / Zabala, es para mí para el poeta / para mi soledad y mi amargura / enrejada como una sepultura". En estos cuatro versos se busca definir con directa expresividad la situación objetiva y la interior, pero el enlace, su formulación poética misma, es algo menor todavía.

En realidad, uno de los poemas que verdaderamente facilita la identificación con lo mejor o lo más perdurable que haya escrito Fernández Moreno es el titulado *Tres canciones tristes de Pocitos*. Aquí no sólo las palabras sugieren la visión desolada e íntima del creador, no sólo consiguen objetivar en los seis primeros versos dicho estado emocional, con referencias al paisaje —la arena, su frescura, etc.— permitiendo así crear una atmósfera exterior que se vincula internamente con la desesperada culminación de la primera parte del poema, sino que también su mismo juego melódico colabora servicialmente con su sentimiento vivo. Hay una unidad funcional de expresión y contenido, incluso de ritmo, que obliga a señalar dicha página como una de las mejores de Fernández Moreno, de su obra, y es en estos niveles, que el libro que ahora se comenta puede ser compartido y valorado por todos.

T. J. D.

(*) Baldomero Fernández Moreno: *Poemas del Uruguay*, Buenos Aires, Editorial Pirot, Colección Nuevo Mundo, 1957, 49 Colecc. Nuevo Mundo, 1957, 49 pp.

Muerte de Raúl Montero...

(Viene de la pág. anterior)

—IV—

Tuvo el valor, inicialmente nada pequeño, de encabezar y presidir, desde 1941, la Academia Nacional de Letras.

Porque es evidente que desde la rebeldía romántica y, en las naciones de habla española, desde la memorable *Letania* de Darío (sobre todo) cualquier cuerpo académico, y más si era el de la lengua o su ejercicio, se fue convirtiendo en una especie de mala palabra, en un mal afamado reducto en el que sólo los muy vetustos, los muy vanidosos, los muy esclerosados parecían querer penetrar.

El desgreño romántico, el individualismo decadente o la insurgencia social olvidaban que la autoridad, la continuidad, el orden, la vertebralidad institucional de una literatura (los custodios de la Tradición, en suma) son ingredientes tan imprescindibles de una cultura madura como sus antitéticos de la aventura, la indagación personal, la ruptura innovadora, la inventiva neologista. Haber afrontado esas incomprendiones en un medio como el uruguayo, importa como se decía, una prueba de valor. El acierto o desacuerdo de la acción que siguió, la altura con que se haya cumplido, el equipo que se haya escogido para ella no es capítulo de la responsabilidad del distinguido muerto. Señálese sólo aquí la justeza del punto de partida; la exactitud trascendental (a se entiende el término en su estricto sentido) de la empresa.

—V—

En 1955, aquel cuerpo y el Instituto Histórico y Geográfico, al que también Montero

pertenecía, le dedicaron (con motivo del cincuentenario del *Canto a Lavalleja* el homenaje de tres gruesos tomos de sus escritos. La masa de casi dos mil páginas constituye, tengamos la honradez de decirlo, un flaco homenaje. La edición, a cargo de Ariosto González, está afeada por innumerables y graves erratas y aunque quepa el descargo de que la cura de más de seiscientas galeras no debe ser tarea liviana, también es cierto que el que la realiza tiene que cumplirla, (más si se trata de una edición de homenaje) con la debida devoción. Los ensayos incluidos carecen, además, de toda nota sobre su fecha y lugar de origen y no se intentó siquiera la tarea impostergable de una bibliografía del homenajeado, labor nada fácil pues muchos textos fueron republicados en diferentes épocas con sustanciales modificaciones.

De cualquier manera Montero no necesitaba de este Homenaje más frondoso que ferviente para poseer la seguridad de la limpia simpatía de sus compatriotas. A muchos de ellos, con sus páginas colectas o dispersas, los había puesto en la vía de un conocimiento más cabal de su país y su pasado. El que estas líneas escribe, sintió nacer a los quince años, con *Ensayos*, un interés por esos temas (tal vez fuera mejor decir: por esas dimensiones de su vida) que hasta hoy no se ha marchitado. Ni él, ni seguramente otros, se ha detenido en los juicios que sobre muchos hombres y muchos sucesos Montero emitiera. Pero esto es accidente universal de la crítica y de la historia y no resta nada a la alta significación del hombre que el Uruguay acaba de despedir entre el pesar de todos.

CARLOS REAL DE AZUA

LIBRERIA SUREÑA

David Hayman

V. Beigodere Johannes

J. Nathan

R. Tugal

M. Got

H. Shapiro, N. Bontoff

J. F. Bonner

M. Gracher

Joyce et Melancton (2 Vol.)

Petit Histoire de la Musique et des

Musiciens

Petit Histoire de la Littérature et des

Ecrivains

Petit Histoire de la Musique et des

Musiciens

Théâtre et Symbolisme

Ecoutez-moi ça (L'Histoire du Jazz)

La Passionnante Histoire de la Peinture

Renoué

La Bible dans L'Art. (miniatures, dessins,

peintures et sculptures) inspirés par

L'Ancien Testament

Cuadros Modernos — Postales de Obras Célebres

S. A. PRODUCTORA ARTISTICA SUREÑA

PALACIO SALVO — Montevideo

Teléfono 3 04 37

II Concurso de Ensayos

Organizado por la Asociación Cristiana de Jóvenes (División Juvenil) con la colaboración del Semanario MARCHA.

El Concurso se regirá por las siguientes bases:

1º Podrán participar todos los ciudadanos uruguayos y los extranjeros que acrediten una residencia en el país no menor de cinco años, que tengan hasta 30 años inclusive, el día del cierre de la inscripción.

2º Se efectuarán dos Concursos Generales, sobre temas de literatura hispanoamericana y sobre temas de literatura uruguayo.

3º Los trabajos de los que se enviarán cinco ejemplares, deberán estar escritos a máquina y no podrán sobrepasar una extensión de 20 carillas formato carta, a doble espacio, con un margen izquierdo de 4 cms.

4º Los particulares firmarán sus trabajos con seudónimos y acompañarán un sobre cerrado en cuyo exterior sólo figure el seudónimo y el tema y que contenga en su interior el nombre y el domicilio del autor.

5º Los trabajos deberán presentarse antes del 15 de noviembre de 1958 en la dirección de la División Juvenil de la Asociación Cristiana de Jóvenes, Colonia 1065, Montevideo. Al presentar los trabajos los autores deberán efectuar la inscripción correspondiente mediante el pago de \$ 2.00, recibiendo en cambio un boleto que los acreditará como participantes y que servirá para retirar sus obras. Asimismo deberán presentar un documento que acredite la edad.

6º Se concederán los siguientes premios:

CONCURSO SOBRE TEMAS DE LITERATURA HISPANOAMERICANA

1er. Premio: Asociación Cristiana de Jóvenes: \$ 200.00. 2º Premio: "Enciclopedia de la Música", Premio "Jackson W. M. Inc." Editores. 3er. Premio: "Teatro Completo" de Shakespeare. Premio "El Ateneo (Oficina de Representación de Editoriales)". 4º Premio: "Estruendo de la Historia" de Tornóe (compendio). Premio "Indiana Libros".

CONCURSO SOBRE TEMAS DE LITERATURA URUGUAYA

1er. Premio: MARCHA \$ 200.00. 2º Premio: "Historia de la Literatura Inglesa, Latina y Norteamericana". Premio 2ºº Aniversario de "Editorial Losada S. A.". 3er. Premio: "Historia de la Economía en el Mundo Occidental". Premio "Editorial Fars". 4º Premio: "Viajes Científicos" dos tomos. Premio Editorial Labor. 5º Premio: "Historia de la Literatura Americana y Española". Premio: Editorial Kapelusz.

8º El Jurado estará integrado por los señores Nicolás Molinari, José P. Díaz, Arturo Sergio Visca, Rubén Yáñez y Carlos Real de Azua, y dictaminará antes del 15 de diciembre de 1958, por mayoría de votos, reservándose el derecho de declarar desierto cualquiera de los premios.

100 000 LIBROS

OPORTUNIDADES

a \$ 0.25, \$ 0.75, \$ 0.95, \$ 1.45, \$ 1.95, \$ 2.95, \$ 3.95

Y FORMIDABLE

Mesa a Mirad de Precio



Feria del Libro

10000 LOS LIBROS Y MAS FANTOS

18 JULIO 1958 - TEL. 8 42 48